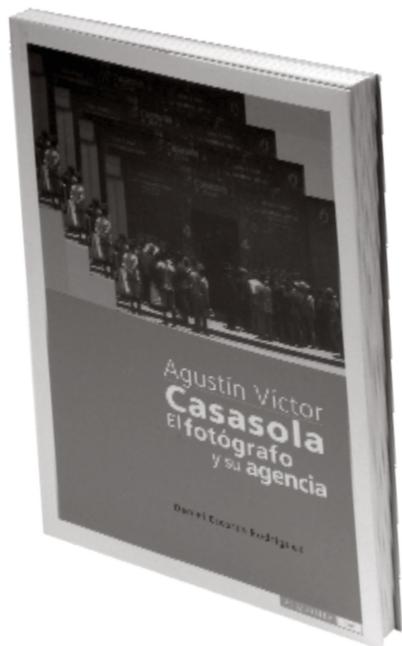


# RESERVIAS

Mayra Mendoza Avilés



Daniel Escorza, *Agustín Víctor Casasola. El fotógrafo y su agencia*, México, INAH-SINAFO, (Serie Alquimia 3), 2014

Siempre será un reto convertir una tesis doctoral en libro, ya que normalmente las investigaciones históricas resultan poco viables como producto de divulgación. Éste, además de bien escrito, es elocuente y logra atrapar al lector para llevarlo de la mano en una ágil lectura, que implica más de una década de buscar indicios, de hurgar entre placas fotográficas y páginas hemerográficas. Las fotografías no sirven de ilustración o acompañamiento a una disertación, sino que son ellas las protagonistas de la misma, producto de un largo aprendizaje en la investigación.

A través de la lectura, Daniel Escorza desmitifica la figura de Agustín Víctor Casasola en dos aspectos principalmente. Primero. Es común leer que el autor permaneció en la capital de la República, sobre todo durante el periodo revolucionario, pero Escorza prueba su estadia en diversos puntos del país a través de retratos de grupo. Segundo. Tenemos una imagen preconcebida de este fotógrafo como paladín y creador de la iconografía fotográfica revolucionaria, sin embargo, el autor nos abre la perspectiva para mirar en los albores del siglo XX, al hombre que ejercía el oficio de *reporter*, y que se abrió camino —nada fácil— en el mundo de los periódicos y

revistas ilustradas, para luego combinarlo con el oficio de fotógrafo a partir de 1901. A lo largo de las páginas concluye que su nombre era poco conocido hasta después de la segunda década del siglo pasado. Es decir, no durante la revolución sino hasta la pos-revolución.

Daniel Escorza establece que fue en el primer semestre de 1912 cuando Agustín Víctor se asoció con su primo Gonzalo Herrerías para crear la agencia, sin referencias claras de que su hermano Miguel ejerciera como socio o fundador. Esta agencia funcionó entre 1912 y 1915, un periodo muy breve. De esta manera expone que no fue la única agencia ni la primera en su tipo, y está aún por definir si fue la primera agencia moderna o periodística en el país. Lo que sí deja en claro, es que persiguió nuevos fines: atraer otro tipo de público, el de a pie, el que transitaba alejado de las calles de Plateros y San Francisco —donde se ubicaron los grandes estudios comerciales, herederos de una tradición decimonónica—, que estaría dispuesto a pagar un módico precio por una imagen de sí mismo, capturada por un fotógrafo egresado de las filas del periodismo. Para 1920, Escorza ubica la fotografía reproducida en la portada del libro con una nueva fachada del negocio, omite la palabra “Agencia” para quedar como “Casasola fots” y es ahí —no antes— cuando aparece la frase “Tengo o hago la fotografía que ud. necesite”. Como el autor aclara, estas fotografías ponen en duda la existencia de la multicitada agencia, por lo menos entre 1915 y la década de 1920. Lo que se pensaba como la gran “Agencia Casasola”, proveedora de imágenes a todos los medios impresos de la Ciudad de México, en realidad funcionaba como un pequeño estudio, donde también se enmarcaban fotografías, se vendían postales y hacían retratos con el nombre de “Casasola fots” o “Casasola e hijos”.

Daniel Escorza comenta que el acopio de impresiones y negativos de otros autores por parte de Agustín Víctor, inició antes de la fundación de la agencia, pero en realidad es una incógnita la manera como llegaron a sus manos miles de negativos y positivos de otros autores; más aún en el caso de fotógrafos que permanecieron fuera de su círculo de lazos afectivos o amistosos. Lo que nos afirma el autor es que Agustín Víctor “no borra las firmas” de las placas, y que esta acción corresponde a la década de los treinta en adelante, ya que fue efectuada por sus sucesores. De hecho, el llamado “Archivo Casasola”, fue organizado por los hijos de Agustín Víctor: Gustavo, Dolores y Piedad y en 1960 devino en una industria visual.

En síntesis, este libro nos permite acceder al fotógrafo y empresario desmitificando la labor de la llamada Agencia Casasola durante la Revolución, para brindarnos un amplio panorama acerca de uno de los personajes más emblemáticos de la fotografía en los inicios del México contemporáneo.

Bob Schalkwijk, *Tarahumara*  
Ana Paula Pintado (pres.), México,  
Editorial RED/Conaculta, 2014.

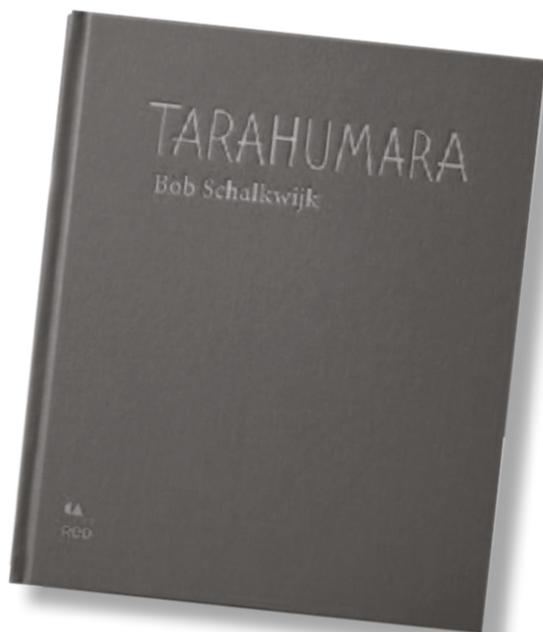
Analizar la fotografía de este incansable viajero, mexicano por adopción pero holandés de nacimiento, llamado Bob Schalkwijk, es encontrarse con un mundo diseñado en la entraña de la tierra, del sol, del cielo, de la carne, del hambre, del frío, de cascadas sin agua, de sierras y barrancas insospechadas. Son sus imágenes un recorrido poderoso en torno a ese mundo que parece tan lejano, tan ajeno y que está entre nosotros.

Es un fotógrafo observador, tranquilo, no incisivo. Su cámara no irrumpo lo cotidiano, sino que lo registra con gran sabiduría. Lo notamos desde sus primeras imágenes que captó en 1965, hace casi medio siglo, en este libro que ahora nos presenta, dejando una huella de su paso por esos lugares a donde ha regresado once veces más.

*Tarahumara* es un libro que busca encontrar los paralelismos de su mirada en estos años, en los que parece que no pasa el tiempo, son mundos que se mantienen en otra cronología, en otro espacio temporal que nos enseña que la vida puede ser otra, de largo aliento, de generación en generación, donde las gotas de agua desaparecen y reaparecen para mostrarse en cada estación del año. Por ello, no veo un fotógrafo que mire desde afuera, un observador del "otro", sino un empático artista de la lente, que deja fluir y deja sonar su obturador con la cadencia misma de la naturaleza.

Me asombra su capacidad de mirar, de mostrar y acercarse al detalle sin perder el bosque, de detonar una rama congelada, entre la nieve como en *Choguita* (1973) y al lado de las montañas más escarpadas y sinuosas. Sí, es estar en una constelación entre el cielo y la tierra, entre lo divino y lo humano, y es ahí en donde él place su mirada con mayor gusto y empatía.

Aquí el mundo es otro, la vida se ciñe al fuego, al calor que se produce por el frío inmenso de la montaña. Los tarahumaras son sobrevivientes culturales, sobrevivientes



naturales, sobrevivientes a todo intento por conducirlos, por desentrañarlos y alejarlos de su esencia.

Eso es lo que evocan las imágenes captadas por Bob, ahora reproducidas de manera muy fina en este libro de impresión delicada y de evidente trabajo arduo. Pocas imágenes regresan la mirada, ahí están los pequeños niños que entre las piedras de un muro asoman sus rostros, su pelo irsuto, sus ojos risueños. Devolución de un trabajo amoroso que ha realizado Bob, no como un extranjero, no como un extraño, sino que sabe que se debe ser muy fuerte para mantenerse ahí. Un mundo divino, más allá de lo humanamente comprensible, de lo cotidianamente pensable.

Es *Tarahumara* uno de los libros que mejor acoge en su visualidad a esos personajes que tienen la fortuna, aún de conservar su identidad e integridad. Así en la constelación que hoy Bob nos presenta lo percibimos como un filósofo de la vida, como un poeta de la imagen. De igual manera, su expresividad visual entre el color y el blanco y negro no deja duda, aplica en donde debe la materialidad de su trabajo, la expresividad. El legado es nuestro. La herencia nos la muestra Bob Schalkwijk de una manera profundamente humana, que ahora, en estos tiempos dolorosos e intranquilos, podemos y debemos aquilatar.